

# Tiburones sardinas III

## ROBERTO BAÑUELAS

Aunque hiciera calor, el bufón usaba una bufanda verde con borlas rojas. Cuando el público, entre las protestas de la digestión y el aburrimiento adherido a la piel, se abstenía de aplaudir sus expulsiones de colorido humor, él se aplaudía a sí mismo e imprecaba, entre bromas y sarcasmos, la escasa capacidad

para reír y la muy grande de los espectadores para seguir cargando, aun sentados en las pedorreadas butacas, el fardo hipertenso de su tristeza.

Las torres de una iglesia católica y los edificios adyacentes hunden su reflejo equidistante y simétrico en las aguas tranquilas –casi estancadas– del canal que sirve de lecho y camino al río que cruza la ciudad. Allá, en el puente, una pareja de enamorados



se hace desiguales promesas mientras las caricias establecen su común denominador de gratificante excitación. Los árboles quietos y el cielo limpio-azul anuncian que hoy tampoco lloverá.

Puedes contemplar el mar desde lo alto de este acantilado; pero si bajas y pretendes caminar por la orilla que no tiene arena, sólo encontrarás piedras rotas y afiladas que las olas golpean con doble martirio. ¿De dónde vinieron estas rocas? Enigma igualmente grande sería la de querer dar respuesta a dónde quedó la sepultura del extinto volcán que vomitó estas rocas que se resisten a volverse arena.

Si te decides a caminar dos kilómetros, bajando la colina roja, ahí sí podrás caminar sobre la arena gruesa que el mar arroja en la infinita tarea de las mareas.

Cuando llegas a la playa prometida, te encuentras con un viandante que medita versos para dejar a oscuras la confusión del mundo. Un perro, parado a la ori-



Alejandro Caballero

lla de un charco rezagado, contempla el peso y el color de su imagen sin atreverse a beber la sal y el cielo que complementan la inversión de su presencia.

La calle se confunde a sí misma en la monótona horizontalidad y en la repetición de casas nacidas por docena. Circundando de una verja metálica, sobre un pedestal de cantera gris, el Redentor, en escultura místico-realista, preside desde la escasa altura las luchas políticas, contaminadas de odio religioso y de feroz partidismo político.

\*\*\*

La taberna, a las diez de la mañana, toma y recibe su baño de lejía que comienza por el piso de mosaicos relucientes para el equilibrio dudoso en el ajedrez de los borrachos, asesinos sentimentales que se matan un poco cada día. La quietud de esa hora, en la que un mozo abstemio hace la limpieza para dar a luz y espacio a las desilusiones que, a partir del mediodía, comenzarán a curarse con botanas, caldos picantes y cervezas frías, todo va quedando impoluto y digno de ser admirado. Afuera de la cantina, desesperado por la indiferencia de los concentrados en su pequeñez, un voceador grita con voz casi impostada la noticia de una soprano egoísta que prefiere dar al do de pecho que dár-selo a su niño lactante que llora mientras ella canta.

\*\*\*

El padre Procopio, pasadas las nueve de la noche, recorría los dormitorios del internado e inspeccionaba con celo inquisidor que todos los soñantes durmieran con las manos sobre el pecho y fuera de las cobijas. Cuando terminaba su ronda de guardián contra el pecado, se retiraba a su habitación donde, después de contemplar en un libro la reproducción de cuadros con vírgenes nodrizas, procedía a una dilatada masturbación que ofrendaba con nombre del sacro celibato.

A la misma hora, los adolescentes que no podían atrapar el deseo de dormir, lo cambiaban por el de la lujuria solitaria, cuyo producto seminal depositaban en uno de los calcetines que habían usado en la hora de deporte.

\*\*\*

No hay policía ni detective que pueda seguir la pista de los briosos pegasos; estos, después de retozar y de aparearse a ras del campo florido, dejan unas cuantas huellas con sus pezuñas y, del trote al galope, emprenden el vuelo hasta confundirse con las nubes de cristal ahumado del verano.

\*\*\*

Dentro de tres mil millones de años el sol devorará a los tristes y estériles planetas cuya vida consiste, hasta ahora, en recorrer cumplidamente la elíptica de sus órbitas en la ruta constante de la soledad. Antes de que todo acabe, será un alivio comprobar la existencia de Dios para que, alguien o algo indestructible, recuerde lo que había antes de que el sol se apagara por los milenios de los milenios. Amén.

\*\*\*

Un rascacielos, en lo alto de su torre, soporta y contiene un gigantesco reloj que marca la hora de todos en la longitud del tiempo y en la brevedad de la vida. Otro edificio, menos ostentoso en su mediana verticalidad, sostiene una bandera que asocia a todos los componentes de étnias y culturas en la obligación intransferible de pagar impuestos. La paz se gana con la guerra.

\*\*\*

La serpiente cambia de piel restregándose contra la corteza del manzano. A falta de parejas que se presten al soborno del pecado, el trabajo y la salvación, las manzanas caen al suelo y se pudren en espera de pájaros hambrientos que se agreguen al caos de la

creación. La primera pareja, con los hijos ya crecidos, recorre la región en busca de una segunda o tercera pareja con prole para comenzar o emparentar y dar continuación a la mal clasificada familia humana.

\*\*\*

Entre la edad que aumenta y el pasado que crece, da lástima y lastima que el Edén se vuelva desdén.

\*\*\*

El infierno podría parecerse a que todos los soñantes de pesadillas las gritaran y aullaran en la eternidad de la misma hora.

\*\*\*

Julio César soñaba, entre el dolor y el júbilo, las batallas en las que salía siempre victorioso y conquistador. Después de la noche en que nada soñó, al despertar y descontar horas al día, fue asesinado por el conjurado Bruto.

\*\*\*

Sobre la mesa, al lado de las páginas en blanco que no consignaban la angustia del poeta que había transitado en busca del momento decisivo y del suicidio, permanecía un florero de cristal azul, relleno con corolas y tallos arrancados a la repetición dilatada del campo y de esa hora que parecía marcar el fin de todos los recuerdos y los sueños.

\*\*\*

Afuera, un pájaro solitario cruza, como una flecha certera, el tiempo y el espacio de su vida definida. Frente a la indiferencia de la tarde que se orna con luz indecisa entre el gris y el violeta, el hombre retorna con nuevo dolor y pulidas imágenes a ratificar el testimonio valiente de otra batalla frente la vida y la muerte.

\*\*\*

El señor Olguín, jubilado optimista, a los setenta y cuatro años de edad conserva completa su dentadura postiza; por las noches, después de merendar y de ver

alguna película de violencia convencional, la deposita en un vaso con agua y alguna solución específica para que las bacterias no hagan de las suyas. A continuación, rendido por la falta de fatiga, inicia la tarea impostergable de dormir.

\*\*\*

El tiempo es tan largo y tan breve como las penas y los delirios que consumimos en busca de un momento de felicidad.

\*\*\*

En toda guerra es más grande el miedo que el odio y, muy parecidos, el hambre y los desastres: eso lo saben siempre los combatientes igualmente enemigos. El ejército vencedor se acerca un número de bajas al derrotado y todos, cuando finalmente estalla la paz, prefieren la locura a saber con certeza el cómo y el por qué.

\*\*\*

Recluidos en sus mansiones y dando gracias a Dios, los industriales de la guerra brindan por una paz de prosperidad y la consolidación de fronteras más dilatadas.

\*\*\*

Si Dios permite que unos hombres maten a otros, ¿cuáles de ellos son sus verdaderos hijos?

Podría ser que fuera una guerra entre dioses y hechas por sus respectivos hijos hasta lograr un aniquilamiento ejemplar.

\*\*\*

En tiempos de paz, no es necesario ser de otra raza ni de otro país para tener enemigos.

\*\*\*

Al contrario de la amistad, que necesita tiempo y conocimiento de las personas, la oposición, la intolerancia, el desprecio, y el odio, se dan con frecuencia a primera vista.

\*\*\*

La clase en el poder estaba condenada a catar vinos, degustar exquisiteces, explorar sabores y depredar a especímenes de toda forma y tamaño; para engullirlas, entre miradas cómplices de autocomplacencia, sus papilas gustativas son sometidas a vivir en un manicomio perpetuo entre el experimento y el placer para concluir, con la experiencia dolorosa, de que la dicha total no existe. ■

